

amonestaban á volver sus armas contra los franceses, á continuar las hostilidades contra los rusos, y á reconciliarse con los ingleses, que, añadían, no serían los únicos en sostenerlos.

La Prusia, abatida por sus infortunios, curándose poco de las condiciones secretas estipuladas en Tilsit y menos aún de lo que pudiera padecer en Oriente el equilibrio europeo, destruído ya en Occidente, sólo trataba de lograr la evacuación de su territorio y la reducción de las contribuciones de guerra que se le habían impuesto; porque en su actual aniquilamiento, cualquier cantidad que tuviese que dar á la Francia era un recurso menos para reorganizar su ejército y disponerse á reparar más adelante sus desastres.

Muy otro espectáculo presentaba la Rusia, cuyo soberano, habiendo buscado en la alianza francesa una perspectiva de grandeza capaz de resarcirle con usura de sus pasados reveses, empleaba todo su conato en reducir á sus miras á la corte, á la aristocracia y al pueblo. Pero como él solo había experimentado en Tilsit las seducciones de Napoleón, no era fácil que todos los demás pasasen tan rápidamente como él de los furiosos de la guerra á las lisonjeras esperanzas de una nueva alianza. Esforzábese, pues, actualmente en convencer á todos de que los sucesos no podían haber tenido otro fin más próspero que el de una inteligencia con la Francia; de que sus ministros al enemistarse con esta potencia le habían arrastrado hacia una senda funesta, de la cual felizmente había podido salir con su habilidad; de que en todo aquello no había cometido más error que el de haber confiado en el valor del ejército prusiano y en la lealtad inglesa, aunque ya estaba completamente desengañado de estas dos ilusiones; de que no había en toda Europa más que dos ejércitos verdaderamente respetables, el ruso y el francés; de que era inútil hacerles chocar uno con otro para servir á la causa de una potencia pífida y egoísta como la Gran Bretaña, siendo muy preferible reunirlos para un objeto común de pacificación y de grandeza: de pacificación si el gabinete de Londres desistía por fin de sus pretensiones marítimas; de grandeza si seguía obligando á la Europa á continuar en el mismo camino de extorsiones y sacrificios; por último, de que en este caso era menester que cada cual pensase en sí propio y en sus intereses, y que la Rusia por consiguiente pensase en los suyos. Al llegar á este punto de sus explicaciones, no atreviéndose á revelar todas las esperanzas que Napoleón le había permitido fraguarse, ni á descubrir la existencia de un tratado secreto mediando la promesa de mantenerlo completamente oculto, tomaba Alejandro una actitud misteriosa y de satisfacción, dejaba entrever todo lo que no osaba patentizar, reprimiendo malamente la tentación de hacerlo, y hablando por ejemplo de la Turquía, daba á entender muy á las claras que iba á firmarse con ella un armisticio, pero que no se evacuarían las provincias del Danubio, que la ocupación de éstas había de ser muy larga, y que sobre este punto no se suscitarían grandes dificultades en la corte de París.

Estas confidencias á medias más bien excitaron una curiosidad indiscreta y enojosa, que contribuyeron á reducir los ánimos á los planes del emperador Alejandro. Ayudaba mucho á éste Mr. de Romanzow, que tenía noticia de todo, y que había servido á Catalina y

heredado su ambición oriental; el ministro repetía como el soberano que era menester tener paciencia y dejar correr los acontecimientos, que presto llegaría el momento de explicar de la manera más satisfactoria el cambio de política verificado en Tilsit.

Pero el emperador no lograba siempre ser escuchado y obedecido. El público, extraño á los secretos de la diplomacia imperial, resentido de los últimos desastres, se mantenía en actitud triste y disposición malévolá contra los franceses. Los grandes particulares recordando la versatilidad de la política rusa bajo Pablo I y barrruntando igual conducta en su hijo Alejandro, temían que la intimidad con la Francia fuese en breve presagio de guerra contra la Gran Bretaña, lo cual les inspiraba gran zozobra por sus rentas, siempre amenazadas cuando el comercio inglés rehusaba comprarles sus productos. Esto hizo que el general Savary, que llegó á San Petersburgo poco después de firmar la paz, fuese fría-mente recibido por todos menos por el emperador Alejandro y dos ó tres familias que componían la sociedad íntima del príncipe. Cierto que la catástrofe de Vincennes, cuya memoria renovaba la presencia de aquel francés, no era muy á propósito para conciliarle voluntades sobradamente contrarias ya por la política; pero la verdadera causa del común desvío estaba en el recuerdo de las hostilidades aún recientes y de aquellos malhadados reveses, sin que pudiera acaecimiento alguno templar el orgullo nacional ofendido. El emperador, instruído de esta situación, procuraba en cuanto le era dable hacer soportable y aun grata al general Savary su permanencia en San Petersburgo; colmábale de agasajos, llamábale á platicar con él diariamente, le convidaba con frecuencia á su mesa, y receloso de los informes que pudiera dirigir á Napoleón, amonestábale á tener paciencia, diciéndole que todo cambiaría así que se desvaneciesen las primeras impresiones y así que la Francia hiciese algo en favor de la justa ambición de la Rusia. Ignoraba hasta qué punto podía el general Savary estar iniciado en el secreto de Tilsit, y hacía cuanto podía por adivinarlo para poder, si el general no lo ignoraba, tener la complacencia de conversar con él acerca de sus más caras ilusiones. El enviado francés sólo lo sabía en parte, y aun tenía encargo de afectar sobre el particular más ignorancia de la en que realmente estaba, porque no había querido Napoleón que el joven emperador, cebándose continuamente en el asunto que los había ocupado en Tilsit, acabara por confirmarse demasiado en sus propios deseos y por tomar las meras eventualidades como realidades indeficientes y cercanas. Contestaba por lo tanto el general Savary con extremada reserva á las indicaciones del emperador, y recibía sus amables demostraciones con viva gratitud, mostrándose satisfecho, desentendiéndose del desabrido recibimiento que le había hecho la sociedad rusa, y lleno de confianza en un próximo cambio de situación. Servíanle además de escudo en posición tan crítica su claro talento, su mucha serenidad y la inmensidad de la gloria nacional, que permitía que á los franceses les fuese dable presentarse en todas partes con la frente erguida.

El ejemplo del emperador Alejandro y la enérgica manifestación de su voluntad facilitaron al general Savary el acceso á varias de las principales casas de San

Petersburgo, pero las puertas de la alta aristocracia permanecieron para él cerradas; porque aunque Alejandro era dueño del poder, no lo era, sin embargo, de la clase elevada, que obedecía á otra influencia distinta de la suya. Como este príncipe debía á una catástrofe trágica la posesión anticipada del cetro de los zares, procuraba indemnizar á su madre, que había descendido prematuramente al papel de reina-viuda, dejando que gozase de todas las preeminencias exteriores del poder supremo. Esta princesa, virtuosa pero altanera, se consolaba de haber perdido con Pablo la mitad del imperio, ostentando todo el fausto de la magnificencia imperial de que aún placía á su hijo rodearla. Él, por su parte, no tenía corte. Poco amante de la emperatriz su esposa, que era una belleza severa y glacial, acostumbraba, no bien dejaba la mesa, á salir del palacio para dedicarse, ya á los negocios con los hombres de Estado, sus confidentes, ya á los placeres con una dama rusa de quien estaba enamorado.

La corte se reunía en el palacio de su madre, y allí era donde se presentaban los cortesanos que ambicionaban el trato del soberano, que tenían mercedes que pretender ó gracias que tributar por los favores ya recibidos. Todos acudían á la emperatriz madre solicitando ó haciendo alarde de su agradecimiento, como si ella fuera el único árbitro de los actos del poder imperial. El mismo Alejandro se hacía ver allí con la asiduidad propia de un hijo respetuoso y sumiso que aún no hubiese heredado el cetro de su padre. La emperatriz madre amaba tiernamente á su hijo, no hacía ni toleraba la menor censura que pudiese ofenderle, pero daba rienda suelta á sus propios sentimientos manifestando á los franceses una visible antipatía. Recibió, pues, al general Savary con fría etiqueta; éste no demostró la menor pesadumbre, pero hizo entender muy discretamente á su hijo que estaba al cabo de todo cuanto ocurría. Una vez Alejandro, sin poderse reprimir, temiendo que un extraño, y más siendo ayudante de Napoleón, pudiese creer por aquel respeto afectado á su madre, menoscabada la autoridad del verdadero señor del imperio, le cogió la mano y le dijo: «El único soberano aquí soy yo. Respeto á mi madre, pero esté usted seguro de que todos me obedecerán, y en todo caso yo sabré recordar á quien convenga la naturaleza y la extensión de mi autoridad». Satisfecho el general Savary de haber provocado en el emperador semejante confianza, picando su orgullo imperial, no pasó adelante, seguro de su buena predisposición y de su celo por el mantenimiento de la nueva alianza. Por de pronto, la corte de la emperatriz madre se mostró, no ya más urbana, puesto que nunca había dejado de serlo, pero sí más afectuosa. «Esperemos, decía sin cesar el emperador Alejandro al general Savary, á ver lo que hace la Inglaterra. Veamos qué partido toma; entonces me declararé yo, y una vez declarado no habrá quien se resista.»

Esperábase en efecto con grande impaciencia la conducta que adoptase la Inglaterra. El tratado patente de Tilsit había recibido publicidad: todos notaban en él ciertas reticencias, y que la nueva intimidad con la Francia suponía otras estipulaciones secretas. Pero de todos modos, sólo por las disposiciones patentes de este tratado, y sin ir más allá, era notorio que la Rusia serviría de mediadora entre Francia é Inglaterra, así como la

Francia lo sería entre la Rusia y la Puerta. Esperábase, pues, el resultado de esta doble mediación.

Fiel á sus compromisos, no bien llegó á San Petersburgo, dirigió el emperador Alejandro una nota al gabinete británico, manifestándole sus deseos por el restablecimiento de la paz general y ofreciéndole su mediación, con objeto de provocar una reconciliación entre Francia é Inglaterra. Esta nota fué recibida por el embajador británico en San Petersburgo, y por el ministro de Negocios extranjeros en Londres, con una reserva que no daba lugar á la menor esperanza de acomodo. Los nuevos ministros ingleses, en efecto, discípulos adocenados de Pitt, estaban muy poco propensos á la paz; sólo su origen, sus relaciones de partido y su subida al ministerio pueden explicar la política que adoptaron en esta circunstancia decisiva.

Se recordará sin duda que cuando Pitt volvió en 1806 á ser consejero de Jorge III, después de haber sostenido mancomunadamente con Fox una lucha ruidosa contra el ministerio Addington, cometió la debilidad, ó tal vez la infidelidad, de volver al poder abandonando por una parte á Fox y por otra á sus más antiguos amigos, como Grenville y Windham. Volvió al manejo de los negocios acompañado de hombres nuevos, que tenían á la sazón poca importancia política, como Canning y Castlereagh, y esta conducta con sus antiguos y nuevos amigos le quitó mucha fuerza en el parlamento y empañó el brillo de su segundo ministerio. Habiale inmortalizado la batalla de Austerlitz. No bien murió Pitt, sus importantes colegas Canning y Castlereagh se creyeron incapaces de hacer frente á hombres como Grenville y Windham, antiguos colegas abandonados de Pitt, y como Fox, su ilustre y constante antagonista. Dejéronles apresuradamente el campo y volvieron al ministerio Grenville y Windham en compañía de Fox. Formaban parte de este gabinete, que podía considerarse como una doble transacción entre las personas y las opiniones, el juicioso Mr. Addington, conocido con el nombre de lord Sydmouth, y el célebre Mr. Grey, con el título de lord Howick. Asocióse á ellos el mismo Mr. Sheridan tomando el cargo de tesorero de la marina. La vuelta de Mr. Fox al poder, tan breve como lo había sido la de Pitt, y terminada también con su muerte, duró demasiado poco, como en otra ocasión dijimos, para producir el restablecimiento de la paz. Después de las estériles negociaciones de lord Yarmouth y lord Lauderdale en París, había Napoleón invadido la Prusia y la Polonia. El ministerio llamado de Fox-Grenville se sostuvo después de la muerte de Fox por los esfuerzos de los hombres poderosos que lo componían y por el sistema de transacción que continuaron observando. Dentro del país se dejaba vivir á los católicos; fuera de él se sostenía la guerra, pero con cierta prudencia, facilitando subsidios á las potencias continentales y arriesgando sólo las tropas inglesas en expediciones conocidas ventajosamente para la Gran Bretaña. Los antiguos amigos de Fox, afectaban no hacer ya á la Francia una guerra de principios, sino sólo de intereses. Abandonaban al olvido los recuerdos de la antigua cruzada contra la revolución francesa, y solo atendían á dilatar por todos los mares las conquistas de la Inglaterra. Instados por la Prusia y la Rusia á enviar tropas al continente, ya fuese á Stralsund ó bien á Dantzig, para operar una

diversión á espaldas de Napoleón, pretextando unas veces que la Irlanda necesitaba tropas para su conservación, otras que la escuadrilla de Boloña se mantenía constantemente armada, siempre lo habían ido demorando; y entretanto habían emprendido expediciones lejanas, exclusivamente útiles á la Inglaterra. Así habían quitado el Cabo de Buena Esperanza á los holandeses, y del Cabo habían pasado á las orillas del río de la Plata, donde habían intentado un golpe de mano contra Montevideo y Buenos Aires. La inercia del gobierno español y la cobardía de sus comandantes permitieron á los ingleses penetrar en Buenos Aires y enseñorearse de esta metrópoli de la América del Sur; pero el francés Mr. de Liniers, que desde la guerra de América había pasado al servicio de España, juntó las tropas y la población españolas, y arrojó á los ingleses imponiéndoles una capitulación afrentosa para su gloria (1). También en Montevideo, después de haber entrado y evacuado la ciudad, tuvieron que alejarse los ingleses, limitándose á ocupar unas cuantas islas á la embocadura de la Plata. De este modo se había trocado el Mediterráneo en teatro de sus ambiciosas expediciones. Se recordará que habían forzado el paso de los Dardanelos sin conseguir la menor ventaja, y hecho una irrupción en Egipto, á la cual, después de un revés delante de Roseta y Alejandría, había seguido su retirada. Como fruto de todas estas empresas ganaron el Cabo y la isla de Curaçao y se conciliaron la animadversión de sus aliados, que se quejaron de haber sido abandonados.

Tal era la situación del ministerio Grenville cuando en el mes de marzo de 1807 se suscitó impensadamente una cuestión que puso los principios moderados de este gabinete en oposición con los principios religiosos del anciano Jorge III.

Ya en otra ocasión había llevado este príncipe fanático su tenacidad contra los católicos de Irlanda hasta el extremo de sacrificar á Pitt antes que concederles un tanto de emancipación, y la misma causa iba á desviarle de los colegas y sucesores de aquel ministro. Servían honrosamente los irlandeses en el ejército inglés, y en un momento como el actual en que la lucha con la Francia tomaba una nueva tinta de encarnizamiento, parecía político contentar á aquellos valientes militares prometiéndoles aspirar á las mismas graduaciones que los oficiales ingleses, granjeando de este modo á la corona de Inglaterra la adhesión de los católicos con un primer acto de justicia. En este sentido había proyectado una ley el ministerio, y merced á la estudiada obscuridad con que se había redactado, Jorge III consintió su presentación por haberla comprendido mal; pero así que fué presentada, los enemigos del gabinete, que eran aquellos mismos personajes adocenados que habían acompañado á Pitt en su último ministerio, despertaron

(1) Dígase en buena hora que las autoridades españolas procedieron en aquella ocasión con aturdimiento, pero no con cobardía. El virrey, marqués de Sobre Monte, cometió en la defensa de Buenos Aires grandes faltas, de resultados del sobrecogimiento que le causó el inesperado desembarco de los ingleses; mas como oficial que en épocas anteriores había prestado buenos servicios, no es justo tacharle de cobarde. Tampoco es cierto que se debiese á un extranjero la salvación de aquella metrópoli de la América del Sur; pues don Santiago Liniers, aunque francés de origen, estaba sirviendo á España desde su niñez, y era á la sazón uno de los oficiales de más esperanzas de la real armada. (N. del T.)

con sus secretas intrigas los escrúpulos del monarca anciano, haciendo llegar á sus oídos explicaciones que daban á la ley una gravedad de que en un principio no se había apercibido. Jorge III entonces quiso que se retirase la ley: lord Grenville y lord Howick (Mr. Grey) se resignaron pesarosos á este paso humillante, declarando al rey que más adelante sería forzoso hacer á los irlandeses las concesiones que ahora se les negaba; á lo que replicó Jorge III exigiendo formal promesa de que no se le volvería á proponer en lo sucesivo cosa semejante. Esta regia exigencia hizo que Grenville, Grey y sus colegas dejaran sus puestos en el mes de marzo de 1807. Volvió entonces á ocuparlos el poco feliz personal que había rodeado á Pitt, bajo la presidencia del anciano duque de Portland, antiguo whig, que por razón de su avanzada edad carecía ya de toda significación política y que sólo fué llamado para dar al nuevo gabinete ciertas apariencias de política de transacción.

Los ministros Canning, Castlereagh y Perceval, principales miembros de este gabinete, eran justamente motejados como lisonjeadores del monarca y partícipes de sus debilidades, con objeto de sobreponerse á los hombres más considerables y capaces de Inglaterra. Habiendo quedado casi en minoría de resultados de las violentas discusiones suscitadas en las dos Cámaras, se atrevieron á amenazar con la disolución al parlamento, y por último realizaron su amenaza fortalecidos con la protección de Jorge III. Verificáronse las elecciones en el mes de junio de 1807 entre gritos de ¡muéran los *parlistas!* que siempre encuentran numerosos ecos en Inglaterra. Favorecidos por el fanatismo popular, extremado hasta el punto de creer que el papa acababa de desembarcar en Irlanda, los inconsiderados ministros, defensores de una causa detestable, consiguieron una considerable mayoría. Tales eran los hombres que á la sazón gobernaban la Inglaterra.

Estos advenedizos, á quienes reservó después la fortuna el honor inmerecido de recoger el fruto de los esfuerzos de Pitt, querían naturalmente distinguirse de sus predecesores, y por lo mismo que aquéllos habían procurado templar la política de Pitt, debían ellos tratar de exagerarla. Por de pronto se habían comprometido, cosa que les fué muy agriamente censurada, á no proponer al rey medida alguna favorable á los católicos; y por lo tocante á la política exterior, afectaban estar animados del mayor celo en favor de los aliados de la Inglaterra, que suponían indignamente abandonados por Grenville, Windham y Grey.

Habíanse apresurado á prometer que enviarían expediciones al continente, y aunque por haber entrado en el ministerio en el mes de marzo, bien hubieran podido mandar útiles subsidios á las potencias beligerantes en los meses de abril, mayo y junio, puesto que Dantzig no se había rendido hasta el 26 de mayo, sin embargo nada hicieron, ya por su incapacidad, ya por estar preocupados con los negocios interiores: preocupación bien motivada por cierto, pues tenían á la sazón que disolver el parlamento para volverlo á convocar de nuevo. Lo cierto fué que después de haber reunido una escuadra considerable en las dunas, y juntado en este punto numerosas tropas de embarco, su cooperación en la guerra continental se redujo á enviar solamente una división inglesa á Stralsund. La noticia de la batalla de

Friedland y de la paz de Tilsit los llenó de espanto por su país y principalmente por sus personas, porque después de haber criticado con el mayor calor la inacción de sus predecesores, estaban expuestos á que se les echase en cara con mucha más justicia su inercia durante los tres meses decisivos de abril, mayo y junio de 1807. Era, pues, menester intentar á toda costa cualquier empresa que sedujese al público, que desvaneciese la censura, y que, útil ó inútil, humana ó bárbara, fuese bastante especiosa y ruidosa para ocupar los ánimos descontentos ó atemorizados.

En tal situación resolvieron una empresa, no solamente odiosa, sino también muy mal calculada para los intereses británicos; empresa que se ha hecho célebre en el mundo como un atentado contra la humanidad. Hablamos de la famosa expedición á Dinamarca, imaginada para violentarla y obligarla á pronunciarse en favor de la Inglaterra. Tristes imitadores de Pitt, querían los ministros ingleses renovar contra Copenhague el golpe de mano por cuyo medio había disuelto la Inglaterra en 1801 la coalición de los neutrales. Pero cuando el ministerio Addington, inspirado por Mr. Pitt, había en 1801 batido á Copenhague, lo había hecho para destruir una coalición de que la Dinamarca hacía públicamente parte; como un acto de guerra contra otro de la misma naturaleza; como una operación temeraria, pero atinada á pesar de su temeridad, y necesaria aunque cruel en sus medios. En 1807, por el contrario, no había pretextado ni justicia ni habilidad en hacer la guerra á la Dinamarca. Este Estado, ríguosamente neutral, había mantenido esta neutralidad con el mayor esmero. Por una fatal costumbre de tomar más precauciones contra la Francia que contra la Inglaterra, había situado todo su ejército á lo largo del Holstein, exponiéndose, como había sucedido en Lubeck, á una colisión con las tropas francesas por no dejar atravesar la línea de sus fronteras. Su diplomacia había obrado de conformidad con su ejército, manifestando siempre hacia la Francia cierta reserva puntillosa. No era cierto, como falsamente suponían los ministros ingleses, que en aquella época acabase de tratar con la Rusia y la Francia estipulando su adhesión á la nueva coalición continental; lejos de eso, acababa de protestar nuevamente su deseo de conservar la neutralidad, á pesar de que Napoleón había hecho se le declarase en su nombre, con consideración pero con entereza, que así que se explicase la Inglaterra acerca de la mediación rusa, sería forzoso tomar un partido y pronunciarse en pro ó en contra de los opresores de los mares. Si los ministros ingleses se hubieran conducido con habilidad en aquellas circunstancias, habrían dejado á Napoleón solo el papel odioso de obligar á la Dinamarca á declararse y enviado una escuadra al Cattegat, y después, al acercarse los franceses, habrían socorrido á Copenhague; y con esta acción se habrían hecho legítimamente dueños de la marina dinamarquesa, de los dos Belts y del Sund. Esta conducta amigable y protectora de la Dinamarca era la única que hubiera debido seguirse en una época en que la Europa, cansada ya de sufrir con las contiendas entre Francia é Inglaterra, estaba más que nunca dispuesta á juzgar con severidad á cualquiera de los dos adversarios que contribuyese á agravar los males de la guerra. La conducta opuesta entregaba forzosamente á

Napoleón la Dinamarca, ahorra á éste el trabajo de ejercer por sí mismo una coacción tiránica; y el apresamiento de unos cuantos cascos de navío sin un solo marinero no era para los ingleses más que un acto infructuoso de pillaje, tanto más impolítico y odioso por cuanto sólo podía consumarse por un medio abominable, cual era el de bombardear una población casi toda de mujeres, niños y ancianos.

Para otros ministros más ilustrados y en posición menos falsa, la elección no hubiera sido dudosa, y hubiera seguramente prevalecido el consejo de auxiliar á la Dinamarca en su resistencia á Napoleón. Pero Canning, Castlereagh y Perceval, con más ó menos talentos oratorios, eran políticos adocenados, y como ministros más les daba en qué pensar su propio interés que el interés de su patria. Creyeron que estaban en el caso imprescindible de repetir el golpe de mano de 1801, y aparecieron en esto pobres imitadores de la política de Pitt, y quien dice imitación dice remedo, porque todo imitador echa á perder con su exageración aquello que imita.

Apenas se tuvo noticia de la paz de Tilsit, el gabinete inglés, alegando falsamente haber sabido por secretas comunicaciones que existía una estipulación, encaminada, según decía, á sujetar la Dinamarca á la coalición continental, resolvió enviar una poderosa expedición á las aguas de Copenhague para que se apoderase de la escuadra dinamarquesa, so pretexto de que con privar la Inglaterra á Napoleón de los recursos marítimos de la Dinamarca sólo hacía un acto de legítima defensa. Tomada esta resolución, el gabinete inglés dió inmediatamente las órdenes necesarias. Ya las tropas y la escuadra estaban dispuestas en las dunas, y no faltaba más que hacerse á la vela. Desde el contratiempo sufrido delante de Constantinopla, había establecido el almirantazgo en sus consejos que toda expedición marítima se hiciese con tropas de desembarco, y de conformidad con esta opinión se habían reunido en las dunas veinte mil hombres, que, juntos con las tropas inglesas enviadas á Stralsund, iban á componer un ejército de veintisiete á veintiocho mil hombres bajo los muros de Copenhague. Los medios no podían menos de corresponder al objeto. Aprovechando la coyuntura de tener la Dinamarca todas sus tropas, no en las islas de Seeland y de Fionia sino en la frontera del Holstein, tratábase de enviar una división naval á los dos Belts, de interceptar aquellos pasos, de impedir de este modo que el ejército dinamarqués volviese á socorrer á Copenhague, de desembarcar después veinte mil hombres sobre esta capital, circunvalarla, intimarle la rendición y, si se negaba á ella, bombardearla hasta reducirla á escombros. Este plan de ataque, fundado en la falta de preparativos que se advertía del lado de la mar y en la reunión de todas las fuerzas dinamarquesas por la parte de tierra, era una completa demostración de la buena fe de la Dinamarca y de la indigna mala fe del gabinete británico. Sir Home Popham, comprometido en sumo grado por el mal resultado de la tentativa contra Buenos Aires, y deseoso de recuperar su honor, contribuyó mucho á la idea del plan y á su ejecución.

En estas circunstancias llegaron á Londres la oferta de la mediación rusa y la proposición de una reconciliación con la Francia; pero para escuchar proposicio-

nes de paz habían tomado ya demasiado incremento el sistema de una hostilidad encarnizada y la esperanza de una afortunada expedición, por lo cual se resolvió dar una contestación evasiva, hipócritamente calculada, que sin cerrar la puerta á una avenencia ulterior, dejase por de pronto en libertad de continuar la empresa comenzada. Con este objeto se dirigió á la Rusia una nota en que, parodiando el antiguo lenguaje de Pitt, se decía que la Inglaterra estaba dispuesta á hacer la paz, pero que habiéndose ésta frustrado siempre por la mala fe de la Francia, y no queriendo caer en una nueva celada después de tantas infructuosas negociaciones, deseaba saber sobre qué bases se proponía tratar la Rusia en su carácter de mediadora. Era ésta una respuesta dilatoria, á pesar de que los actos posteriores iban á patentizar una cruel negativa.

El almirante Gambier, que mandaba la escuadra inglesa, y el teniente general Cathcart, que disponía de las tropas de desembarco, se hicieron á la vela en diversas divisiones hacia los últimos días de julio. La expedición, procedente de los varios puertos de la Mancha, se componía de veinticinco navíos de línea, cuarenta fragatas y trescientas setenta y siete naves de transporte. Llevaba unos veinte mil hombres y debían agregárseles otros siete ú ocho mil de vuelta de Stralsund. La escuadra de guerra precedía á la de transporte con objeto de rodear la isla de Seeland y de estorbar el regreso de las tropas dinamarquesas á Copenhague. Hallábase esta escuadra el día 1.º de agosto en el Categat, y el 3 á la entrada del Sund. Antes de internarse en el Sund, destacó el almirante, Gambier, á las órdenes del comodoro Keats, una división de fragatas y bergantines, con unos cuantos navíos de setenta y cuatro cañones de poco calado, para invadir los dos Belts y establecer en ellos un crucero que estorbaba toda comunicación entre la tierra firme y la isla de Fionia y entre ésta y la de Seeland. Tomada esta precaución, atravesó la escuadra el Sund sin resistencia, por estar la Dinamarca desprevenida y advertida de todo la Suecia. Fondeó en la rada de Elsinger, cerca de la fortaleza de Kronemburgo, que se mostró pasiva, y despachó un agente inglés para que intimase al príncipe real de Dinamarca, regente á la sazón del reino. El agente elegido, digno de aquella misión, era Mr. Jackson, antiguo encargado de negocios en la corte de Francia antes de la llegada de lord Withworth á París, separado de su destino por causa de la mala intención de que en todas ocasiones había hecho alarde. No encontró al príncipe heredero en Copenhague y fué en su busca á Kiel, del Holstein, residencia actual de la familia real. Admitido por el regente, alegó supuestas estipulaciones secretas en cuya virtud debía la Dinamarca entrar, de grado ó por fuerza, en una coalición continental contra la Inglaterra; presentó como razón para obrar la necesidad en que se hallaba el gabinete británico de tomar precauciones para que las fuerzas navales de Dinamarca y el paso del Sund no cayesen en poder de los franceses, y pidió en su consecuencia en nombre de su gobierno que se entregase al ejército inglés la fortaleza de Kronemburgo que domina al Sund, el puerto de Copenhague, y por último la misma escuadra, prometiendo conservarlo todo en depósito por cuenta de Dinamarca, la cual volvería á entrar en posesión de lo que perdía así

que cesase el peligro. Aseguró Mr. Jackson que la Dinamarca nada perdería, que los ingleses se conducirían con ella como auxiliares y amigos, y que las tropas británicas pagarían todo el consumo que hiciesen. «¿Y con qué nos pagaríais nuestro honor perdido, respondió el príncipe indignado, si admitiésemos esta infame proposición?..» Continué el príncipe oponiendo á esta pérdida agresión la conducta leal de la Dinamarca, que no había tomado precauciones de ninguna especie contra los ingleses y sí contra los franceses, de cuya circunstancia se abusaba para sorprenderla; y Mr. Jackson opuso al tono de su justa indignación el de una familiaridad insolente, diciendo que era preciso tomar la guerra como guerra, resignarse á sus necesidades, y ceder al más fuerte siendo el más débil. Despachó el príncipe al agente inglés con palabras muy duras y le declaró que iba á trasladarse á Copenhague á cumplir sus deberes de príncipe y de ciudadano dinamarqués. Hízolo en efecto; allí por medio de una proclama advirtió al país de los peligros que le amenazaban, dirigió á la población un llamamiento patriótico, y tomó cuantas medidas permitían tomar la premura del tiempo y la impensada circunvalación de la isla de Seeland, la cual estaba ya tan estrechada, que para atravesar los dos Belts se vió el príncipe con el mayor aprieto. Por desgracia los medios de defensa estaban lejos de corresponder á las necesidades de Copenhague, porque apenas había en la ciudad cinco mil hombres de tropas, de los cuales tres mil eran de línea y dos mil de milicia medianamente organizada. Agregóse á ellos una guardia cívica de tres á cuatro mil paisanos y estudiantes. Aco-déráronse, como en el año 1801, todos los navíos viejos que había fuera de los canalizos, protegiendo la ciudad por el lado del mar con baterías flotantes. Metióse cuidadosamente la escuadra dentro de las dársenas, objeto de predilección y orgullo para los daneses, y por último, por la parte de tierra, alzáronse á toda prisa obras de fortificación, porque se sabía que los ingleses conducían un ejército de desembarco, y en todas partes se formaron baterías con la artillería gruesa de que estaban abundantemente provistos los arsenales.

Pero si estos medios podían ser suficientes para evitar una toma por asalto, casi nada significaban contra el peligro de un bombardeo. Para mantener al enemigo á una distancia que lo imposibilitase, se hubiera necesitado, ó bien fortificaciones exteriores, que nunca había pensado en construir la Dinamarca, confiada en la posición insular de su capital, ó bien un ejército de línea como el que su lealtad le había hecho situar en su frontera terrestre. De todos modos el príncipe, después de haber tomado todas las disposiciones compatibles con la urgencia de las circunstancias, encargó el mando de la ciudad de Copenhague al valiente general Peymann, mandándole defenderse hasta el último trance. Como en la extensión misma de la isla de Seeland, y por consiguiente dentro de los Belts, había una población bastante numerosa que podía suministrar una milicia de unos cuantos miles de hombres, mandó al general Castenskiöld que juntase esta milicia apresuradamente y la introdujese, si era posible, en Copenhague antes de bloquearse la ciudad. Él por su parte salió de la plaza y acudió en persona al Holstein para reunir el ejército diseminado por la frontera y conducirlo en so-

corro de la capital, caso de poder atravesar los Belts.

Entretanto el enviado inglés, reunido con la escuadra, habiendo hecho salir de Copenhague á la legación de su país, dió al almirante Gambier y al general Cathcart la señal de principiar el atentado espantoso preparado contra una ciudad cuyo único delito era poseer una escuadra de que habían menester los ministros ingleses para mejorar su crítica posición en el parlamento. Los abocamientos con el gobierno dinamarqués, la necesidad de dejar llegar la escuadra de transporte, enviada después de la escuadra de guerra, y el haber estado esperando viento favorable, retrasaron hasta el día 15 de agosto las operaciones del almirante Gambier. El 16 tomó tierra en un punto de la costa llamado Webeck, unas cuantas leguas al Norte de Copenhague, y desembarcó en él unos veinte mil hombres, alemanes la mayor parte al servicio de Inglaterra. La división de las tropas de Stralsund debía desembarcar por el Mediodía hacia Kioge. Tranquilizados al ver en los Belts á la división de naves ligeras del comodoro Keats, emprendieron con toda seguridad su criminal empresa. Bien sabían los ingleses que no conseguirían ni con treinta mil hombres tomar por asalto una plaza defendida por ocho ó nueve mil, entre los que había cinco mil de tropas regulares, y por una población de marinos decididos; pero contaban con los medios de destrucción que llevaban, merced á la inmensa cantidad de piezas de batir que habían transportado en sus naves. Hasta habían llevado consigo, para asegurar mejor el golpe, al coronel Congreve para que hiciese en aquella ocasión el formidable experimento de sus cohetes. Sus operaciones por lo tanto no consintieron en obras regulares de aproximación, sino en la formación de unas cuantas baterías incendiarias, sólidas y bien guardadas. Extendiase alrededor de Copenhague una especie de lago de forma prolongada, que abrazaba casi toda la parte de recinto del lado de la tierra, y detrás de este lago tomaron posición y se atrincheraron los ingleses. Protegidos de este modo por la parte de la plaza contra las salidas de los sitiados, trataron de guarecerse por el lado del campo con una segunda línea de contravalación, para imponer respeto, bien á las milicias del Seeland reunidas por el general Castenskiöld, ó bien á las mismas tropas regulares, si quedaban algunas que pudiesen reparar los Belts. Después de bien establecidos, empezaron á construir sus baterías incendiarias, absteniéndose de hacer uso de ellas antes de tenerlas completamente armadas y en estado de romper un fuego destructor. Mientras se ocupaban en esto, acercábase su escuadra por el lado de la mar y empuzaban entre sitiados y sitiadores reñidas escaramuzas en los dos elementos. Una escuadrilla dinamarquesa, apresuradamente armada, disputaba con ventaja á la escuadrilla inglesa los angostos canalizos que sirven de paso hasta Copenhague, mientras las tropas de línea encerradas en la ciudad hacían frecuentes salidas contra las tropas del general Cathcart. Desgraciadamente, no teniendo sino dos puntos de ataque en que escoger, á las dos extremidades del lago que los separaba del enemigo, cuando los daneses intentaban alguna salida tropezaban con todas las fuerzas inglesas reunidas en estos dos puntos, y no eran bastantemente numerosas para forzar en ellos las líneas de los sitiadores. Tenían

siempre que retroceder, contentándose con matar al enemigo unos cuantos hombres, perdiendo ellos mucho más por causa de su posición desventajosa.

Los ingleses esperaban para concluir la llegada de la segunda división que estaba delante de Stralsund. Habiendo vuelto los suecos á las hostilidades excitados por ellos, el mariscal Brune acababa de poner sitio á esta plaza con treinta y ocho mil hombres y todos los pertrechos de que había vuelto á disponer el ejército francés con la toma de Dantzig y la conclusión de las hostilidades en Colberg, Mariemburgo y Graudenza. El mariscal Brune estaba acompañado del general de ingenieros Chasseloup, el mismo que había contribuido á la toma de Dantzig. Dueño este entendido oficial en esta ocasión de todos los medios que sólo habían podido emplearse sucesivamente sobre Dantzig, se había prometido hacer del sitio de Stralsund un modelo de precisión, de prontitud y de energía. Dispuso al efecto tres ataques, pero con la intención de que sólo fuese serio y formal uno de ellos, á saber, el que dirigido hacia la puerta de Knieper por el lado del Norte, podía ocasionar la destrucción de la escuadra sueca. Abiertas trincheras en todos los puntos á la vez, á pesar de las descargas de la plaza, estableció y armó en unos cuantos días sus baterías y comenzó una embestida tan terrible que el general enemigo, aunque dueño de quince mil suecos y de siete ú ocho mil ingleses, ya en la plaza, ya en la isla de Rugen, se vió precisado á enviar un parlamentario y á entregar á Stralsund el día 21 de agosto.

Durante este sitio, conducido por los franceses con un denuedo y una destreza dignos de todo encomio, el general Cathcart llamó á sí la división de las tropas inglesas encargada de cooperar con los suecos. Acababa de desembarcarla en Kioge, y desde aquel punto se estrechó de tal manera á Copenhague en su doble línea de circunvalación, que quedó árbitro de destruir esta infortunada ciudad sin tener que temer los efectos de su desesperación. Nada más legítimo que un asedio; nada más bárbaro que un bombardeo, cuando no lo disculpa alguna de esas necesidades imperiosas de la guerra que todo lo justifican; y ciertamente la necesidad de robar una escuadra y un arsenal reputado por su riqueza, no justifica el atroz atentado que perpetraban los ingleses.

Sin embargo, el día 1.º de septiembre, teniendo dispuestas en batería sesenta y ocho bocas de fuego, entre ellas cuarenta y ocho morteros y obuses, el general Cathcart hizo su intimación á Copenhague con un lenguaje hipócrita, cuya falsa filantropía no podía engañar á nadie. Pedía que se le entregase el puerto, el arsenal y la escuadra, añadiendo á su intimación vivas instancias para que se le perdonase el empleo de unos medios que, según decía, repugnaban á su corazón. El general Peymann le contestó negativamente, y el 2 de septiembre, al caer la noche, estalló sobre la infeliz capital de Dinamarca un espantoso fuego de granadas, bombas y cohetes á la Congreve. Ni siquiera tenían los bárbaros autores de esta empresa la disculpa de su propio peligro, porque estaban tan á cubierto que no podían perder un solo hombre. Después de prolongar aquella atrocidad la noche entera del 2 y parte del día siguiente, el general inglés suspendió el fuego para ver si la plaza se rendía. Habíase declarado el incendio en diversos ba-